

JOSÉ DE LA CUADRA, *HORNO*¹

Carlos Mastronardi

El cuento breve encuentra su mejor destino en la intensidad, en las vibraciones fundamentales y temibles, puesto que en él no cabe lo circunstancial ni la observación preciosa y diminuta. Un sacudón eficaz, un choque pródigo en efectos emocionales, puede justificarlo dentro del género. Debe ganar por este camino lo que pierde en gradaciones preparatorias y en hallazgos parciales. Con frecuencia cumple su misión estética mediante un desenlace decorosamente imprevisto que es su razón de ser y —más que su finalidad— su causa primera.

A Carmelo di Vrunó, que ha contribuido a difundir por estas latitudes la buena literatura del Ecuador, debemos agradecer el conocimiento de *Horno*, libro de cuentos de José de la Cuadra. Se trata de un narrador en cuyas páginas se hospeda la aventura y se mueven pasiones elementales. Sin atenerse a preceptiva alguna, sostenido por la afortunada violencia o por la gracia pintoresca de ocasionales diálogos, De la Cuadra se muestra constantemente eficaz y se desplaza con soltura dentro del arte narrativo. Literariamente nos depara homicidios valiosos, buenas escenas de lucha, crueldades impecables, excelentes venganzas y óptimos estupros. No hay momentos baldíos ni languideces perceptibles en sus tensas historias selváticas.

Descarnado y directo, como conviene a la rudeza de los temas que desarrolla, este avezado narrador no presiona ni enfatiza sus argumentos, sino que los deja avanzar naturalmente hacia un final no siempre anunciado o previsible. Otras veces nos presenta ligeras «estampas», donde ni la sucesión episó-

1. Prólogo a la 2a. edición de *Horno*, Colección América, Buenos Aires, Ediciones Perseo, 1940.

dica ni el desenlace cuentan de modo principal: las justifican planamente algunas modalidades y rasgos de sus personajes.

En el presente libro, cuyo estilo persevera en la sobriedad y el movimiento, la acción es más importante que los caracteres. No podía ocurrir de otro modo, puesto que sus torvos pobladores no permiten matices ni complejidades de orden subjetivo. Nuestro autor recoge los datos más significativos de la realidad en narraciones que no dejan traslucir ninguna elaboración intermedia.

Como adscriptos a un mecanismo avasallante, sus héroes —parecidos y hermanos en las reacciones físicas— combaten, aman, se persiguen y cometen depredaciones sin detenerse a considerar los móviles de sus actos. Alcanzamos a percibir el destino de estos hombres, no su intimidad primaria.

Intensidad y fuerza hay en *De la Cuadra*, autor que no se demora en lo descriptivo y que sabe economizar paisajes. Su mesura en el manejo del color local puede ser orientadora en estas coloridas repúblicas. Suponemos el bosque ecuatoriano, pero esa floresta no es impenetrable para los lectores que se acercan al valioso autor de *Horno*.

Vemos sus personajes desde una perspectiva lejana, como a través de una versión oral, como si escucháramos el relato de un relato. De la Cuadra se mantiene suficientemente remoto, y se dijera que solo nos muestra un documento vivo, una realidad que no puede ser transfigurada por los personales gustos del literato.

Del esplendor genésico y del coraje implacable trae el narrador sus temas y asuntos más reiterados. La vigorosa y radiante animalidad de algunos personajes deja huellas profundas en el ánimo del lector, pero hay escenas enternecedoras en *Horno*, como aquellas que se refieren al peregrinaje de unos músicos de banda pueblerina.

Le bastan unos pocos modismos a De la Cuadra para sugerir las comarcas de sus cuentos: nunca nos impone, como condición previa a la lectura, el súbito dominio de los dialectos montaraces.

Las criaturas de este libro se definen por sus actos. Más que individualidades, son arquetipos y derivaciones de un ambiente determinado. Representan una clase social, pero no descienden a esquemas polémicos ni se convierten en meras fichas del narrador, como les ocurre a los personajes de algunas novelas reciamente aburridas y nunca sospechosas de espiritualidad.

Como en *Los Sangurimas*, libro que toma el nombre de una familia cerril y continuamente asombrosa, De la Cuadra nos hace intimar con plásticas expresiones populares y con oscuros, lacerados destinos. En *Horno*, su originalidad es más prudente y recatada, pero igualmente pródiga en ocasiones de belleza y en regalos de arte. ❖